

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

HOJA 26

EVANGELIO DE LA SEMANA

Jn 20, 19-31

A la tarde de ese mismo día, el primero de la semana, y estando, por miedo a los judíos, cerradas las puertas (de) donde se encontraban los discípulos, vino Jesús y, de pie en medio de ellos, les dijo: "¡Paz a vosotros!" Diciendo esto, les mostró sus manos y su costado; y los discípulos se llenaron de gozo, viendo al Señor. De nuevo les dijo: "¡Paz a vosotros! Como mi Padre me envió, así Yo os envío". Y dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonaréis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes se los retuviereis, quedan retenidos". Ahora bien Tomás, llamado Dídimo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Por tanto le dijeron los otros: "Hemos visto al Señor". Él les dijo: "Si yo no veo en sus manos las marcas de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no pongo mi mano en su costado, de ninguna manera creeré". Ocho días después, estaban nuevamente adentro sus discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y, de pie en medio de ellos, dijo: "¡Paz a vosotros!" Luego dijo a Tomás: "Trae acá tu dedo, mira mis manos, alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente". Tomás respondió y le dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús le dijo: "Porque me has visto, has creído; dichosos los que han creído sin haber visto". Otros muchos milagros obró Jesús, a la vista de los discípulos, que no se encuentran escritos en este libro. Pero éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Esta semana: **MISIÓN: Adolescentes**

VERDADES ESENCIALES DE LA FE:

Jesucristo bajo a los infiernos...

Adolescentes: primavera y resurrección de la vida

Dar una vuelta por El Retiro estos días es tener la suerte de disfrutar de la explosión de la primavera madrileña. La primavera, la fase adolescente del calendario anual, un chorro tremendo de energía vital, una deslumbrante aportación lumínica y una copiosa siembra de vida por todos los rincones de la naturaleza.



En la vida humana tenemos nuestra propia primavera, la adolescencia, otra explosión de energía vital a la que asistimos una y otra vez impresionados y, con mucha frecuencia, desorientados y sorprendidos por su enorme empuje y también por sus radicales exigencias: una dinámica vivencial de ruptura con todo lo establecido, incluidas las pautas de conducta en que nos apoyamos los mayores para nuestro propio vivir y el de nuestros hijos. Pero, ¿Cuál es nuestro papel, el papel del adulto responsable de adolescentes, a lo largo del sobresaltado recorrido que han de superar éstos? ¿Qué podemos hacer para ayudarles? ¿Cómo podemos hacerlo sin que se sientan tratados como niños –esa etapa de la que reniegan-, sin que sientan la sospecha de que todo lo que piensan, desean o hacen, casi siempre, nos parece mal?

Debemos recordar, en primer lugar, que también nosotros pasamos por ese trance, que vivir las angustias, emociones y contradicciones de la adolescencia es paso obligado para encarar una etapa adulta serena y fecunda y que, para ese período de nuestra vida, lo que también nosotros exigíamos era que se nos comprendiera, que confiaran en nosotros.

Confiar, comprender, estar ahí no es olvidar nuestra tarea de educadores y la necesidad de orientar y corregir aquellas conductas no adecuadas con los valores de la convivencia familiar (principios religiosos y responsabilidad filial) y social (comportamientos cívicos y de solidaridad humana); algo que es compatible con la adopción de una actitud, un saber estar tal que haga que nuestra disposición de ayuda sea creíble, nuestra presencia cercana sea deseada y nuestra acogida amorosa, un refugio buscado. De hecho, el deber de orientar y corregir será más efectivo cuanto más confianza obtengamos del adolescente. Y la confianza no la podemos dar por supuesta en la relación paterno/materno-filial. No. Eso va a depender del grado de confianza que seamos nosotros capaces despertar, porque

la confianza no es algo que se da o no a otra persona, sino un reto muy delicado en nuestras relaciones interpersonales que hay que ganarse, incluso con los hijos.

Pero no deberíamos desesperar y fijarnos sólo en las dificultades del camino: el ejemplo lo tenemos siempre en Él, un ejemplo de final feliz. Jesús vivió su amargo tránsito en la agonía del huerto de los olivos - “... *aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya*”-. Vio en toda su intensidad el alto precio que tenía que pagar por haber aceptado la Pasión -esa profunda contradicción de un Dios hecho hombre para sufrir y redimir a los hombres- y nos dejó pruebas de la confianza ilimitada que tenía en el Padre, que permitiría su muerte, pero que luego acudiría al rescate resucitándolo: una explosión de Nueva Vida que pudo con el pecado del mundo y nos hace maduros para entenderla y disfrutarla, vencida por Él la muerte, según su oración al Padre: “*porque no son del mundo, igual que yo no soy del mundo*”.

JESUCRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DIA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS...

Es Cristo, tu Hijo resucitado, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos. Amen (Vigilia pascual 18: Exultedt.)

En la expresión “Jesús descendió a los infiernos”, el símbolo de los apóstoles (Credo corto) confiesa que Jesús murió realmente, y que, por su muerte a favor nuestro, ha vencido a la muerte y al diablo “Señor de la muerte” (Hb 2, 14). La

Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, como establece el Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz:

Cristo resucitó de entre los muertos. Con su muerte venció a la muerte. A los muertos ha dado la vida (Liturgia bizantina).
Hacia el año 56 San Pablo escribe a los Corintios:

“Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado



y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce” (1 Cor 15, 3-4).

El apóstol nos habla aquí de la “tradición viva de la Resurrección” que recibió después de su conversión camino de Damasco (cf Hch 9,3-18).

EL SEPULCRO VACÍO

“¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6).

En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (cf Jn 20,13; Mt 28, 11-15). A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (cf Lc 24,3. 22-23), después de Pedro (cf Lc 24,12). “El discípulo que Jesús amaba” (Jn 20,2) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “Las vendas en el suelo” (Jn 20,6) “vio y creyó” (Jn 20,8).

Juan tuvo la certeza de que la ausencia de Jesús no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como en el caso de Lázaro (cf Jn 11,44)

ORACIÓN

Enséñame, Señor, a entender la muerte y a no permanecer en la ignorancia acerca de la suerte de los difuntos, para que no me aflija como los que no tienen esperanza. Yo creo que tú has muerto y has resucitado. Así, el Padre reunirá consigo en el cielo también a los que murieron unidos a ti.